

A las tiranas leyes del capricho?
 El nació puro, libre, independiente,
 ¿Por qué tiranizarlo y oprimirlo?
 Unábase con el lazo de himeneo
 Corazones más bajos y más tibios,
 Mas no los de Abelardo y Eloisa.
 Yo encuentro en el amor mi bien, mi alivio,
 Al verdadero amor nada le falta,
 Ni tiene falsedades ni desvíos.
 Amemos mutuamente, penetremos
 El arte de estrecharnos y de unirnos,
 Sepamos agradarnos, y esto basta,
 Que amor ha de buscarse en amor mismo.
 Imagina, Abelardo, que un monarca,
 Preñado de mis pobres atractivos,
 Pone á mis pies el cetro y la corona,
 Y que ostentando con amor rendido
 Su poder, su opulencia y su reinado,
 Se lo ofrece á mi amor en sacrificio:
 Verás cual menosprecia tu Eloisa
 De tanto bien el aparente brillo,
 Cual pospone al amor de su Abelardo
 Oro, grandeza, honor, el reino mismo.
 Tú, Abelardo, lo sabes; de mi pecho
 Solo tienes el trono y el dominio;
 Sólo tu corazón es mi riqueza,
 La grandeza y los bienes á que aspiro.
 Los títulos que inventa la fortuna
 Sólo con risa y menosprecio miro,
 Jactánjome de ser tu enamorada.
 Si hay un nombre más tierno, si más digno
 Que exprese mi pasión con mayor fuerza,
 Ese será, Abelardo, el nombre mío.
 ¿Qué dulce es el amor! ¿Qué lisonjero
 El ver correspondido un fiel cariño!
 ¿Quién más feliz que dos tiernos amantes,
 Que en recíproca llama consumidos,
 Un mismo pensamiento los anima?
 En dulce arrobamiento sumergidos,
 Sola una voluntad sus pasos guía
 Por los senderos del amor benigno;
 La risa y el placer los acompaña,
 Y del constante amor el noble instinto
 Nuevo placer les muestra y nueva gloria.
 Jamás su corazón se ve vacío
 De la dulce ilusión de lo que adoran:
 Ella preside á su placer continuo,
 Y con seguridades mil ofrece
 De males y disgustos el olvido.
 ¿Dichoso aquel que ama, y más dichoso
 Aquel que ve su amor correspondido!
 ¿Dichoso á quien amor nunca abandona!
 Que á solo amor es dado y concedido
 El bien de hacer felices á los hombres,
 Sacrifiquemos al amor propicio,
 Si buscamos el bien, que el amor solo
 De la humana ventura es el camino.—
 Así pensaba yo, cuando, enojada
 Y envidiosa del bien en que nos vimos,
 Una mano cruel y temeraria
 Trocó en pesar nuestro feliz delirio....
 Dichosos si el destino que nos rige,
 Dejára alguna vez de perseguirnos;
 Pero aún otras desgracias nos aguardan,
 De un abismo corremos á otro abismo.
 Acuérdate, Abelardo, de aquel día
 Que ante las sacras aras ofrecidos,
 Al mundo renunciando y á su pompa,
 Víctimas del amor entrambos fuimos.
 Tú mismo con dudosa y débil mano
 Fuistés del acto el fúnebre ministro:
 Tú me pusiste el velo consagrado:
 Mis tristes ojos, de penar rendidos,
 Bañaron con sus lágrimas (en vano)
 El hábito sagrado y los cilicios;
 Y el corazón, de amor no satisfecho,
 En otro nuevo amor quedó cautivo.
 El cielo mismo oyó, no sin espanto,
 Los votos que uno á otro dirigimos.
 Las bóvedas del templo resonaron,
 El sol oscureció su hermoso brillo,
 Y la luz que alumbraba en los altares,

Lució con un color triste y sombrío.
 Vén, pues, lumbre de mis tristes ojos,
 Vén, Abelardo, vén; el hado impío
 No me prive también de tu presencia,
 Que éste es el bien postrero que te pido....
 De nuestro amor cautivas nuestras almas,
 Volverán á sus dulces desvaríos.
 Yo me abraso, de amor el vivo fuego
 Otra vez avasalla mis sentidos:
 Déjame recostar en tu regazo,
 Juntar tus dulces labios á los míos,
 Y unidos con estrecho y tierno lazo,
 Respirar un amor y un fuego mismo.
 ¿Qué momentos! ¿Te acuerdas, Abelardo?
 ¿Qué encantos! ¿Qué placeres! ¿Qué deliquios!
 ¿Oh Abelardo! ¿Oh ventura!.... ¿Oh qué tormento
 ¿Tiempo pasado ya, recuerdos tristes,
 Que aumentan el dolor de mi martirio!....
 Pero ¿qué dices, desgraciada monja?
 No, Abelardo, no escuches mis delirios;
 Otros placeres hay, otros contentos:
 Sé tú mi luz, y muéstrame el camino;
 Vén, si; pero no vengas á quererme,
 Vén á enseñarme, como buen amigo,
 A postrarme á los pies de los altares,
 A dirigir mis llantos y gemidos,
 Bajo la suave ley de tu obediencia,
 Al cielo, de mis culpas ofendido.
 Vén, y piensa á lo menos que las monjas
 Que habitan este lóbrego recinto
 Un director piadoso necesitan,
 Que gobierné sus santos ejercicios;
 Ellas recogerán desde tus labios
 La voz sagrada de su Esposo amigo,
 Y bajando con dócil obediencia
 A tu severa voz el cuello erguido,
 Se harán más llevaderos con tu ejemplo
 La soledad y horror en que vivimos.
 Tú fundaste estos muros, tú volviste
 La soledad de inhabitables riscos
 En prados deliciosos, tú dictaste
 La ley sagrada y dulce en que vivimos (1).
 Las vírgenes humildes que la siguen,
 Sus deseos al cielo sometidos,
 Te necesitan, oye sus clamores,
 Que yo en nombre de todas te lo pido.
 Mas ¡ah, qué caridad tan engañosa!
 ¿Qué ingenioso es el hombre en su perjuicio!
 Yo soy sola, Abelardo, quien te llama:
 Ven, pues, de los amantes el más fino,
 De todos los esposos el más tierno,
 Mi padre, mi querer, mi bien, mi amigo.
 Tu infeliz Eloisa no, no puede,
 Ni aún seguir la virtud sino contigo.
 Los árboles frondosos que rodean
 Los muros de este fúnebre edificio,
 Cuyas cimas se pierden en los cielos,
 El lúgubre ciprés, el pino erguido,
 El dulce murmurar entre las flores
 Del arroyuelo manso y cristalino,
 La diligente abeja que recoge
 El néctar en las flores embebido,
 El susurrar del céfiro apacible
 Cuando templá el ardor del seco estío,
 La grata variedad, la hermosa vista
 De estos bosques amenos y floridos,
 Nada templá mi ardor ni mi tormento,
 Porque el fúnebre y triste dolor mío
 Anubla con su lóbrega influencia
 Tan dulce amenidad, tan grato hechizo.
 Agóstase la fresca y verde hierba
 Al soplo abrasador de mis suspiros,
 Y la pálida flor se troncha y cae,
 Agobiando su vástago marchito;
 El céfiro no es blando ni apacible,
 Y en vez de dulces y acordados trinos,
 Cánticos sólo de tristeza y llanto

(1) Alude á haber sido Abelardo, ya en sus últimos años, el fundador de *El Pardaleto*, convento de monjas, junto á Nogent-sur-Seine, en el cual se hallaba Eloisa. (Nota del Colector.)

Entonan los pintados pajarillos.
 Tal es este lugar, donde cautiva,
 Triste y ausente de mi amante vivo.
 Sólo soy inocente y virtuosa
 Cuando la ausencia de mi amante olvido,
 Y al contemplar de mi virtud la causa,
 Cien veces me arrepiento y la maldigo.
 ¿Yo sujetar mi amor? ¿Yo poner freno
 Al fuego que es mi dicha y mi suplicio?
 ¿Y podrá hacer esfuerzo tan terrible
 Un corazón tan débil como el mío?
 ¡Ay! antes que la calma y el reposo
 Vuelva en mi corazón á hallar asilo,
 ¿Qué cúmulo de angustias que me esperan,
 Esperanzas, temores y desvíos!
 Yo podré amar, sentir, arrepentirme,
 Querer y no querer á un tiempo mismo.
 ¿Y qué no podré hacer? Lo podré todo,
 Menos aborrecer lo que he querido.
 ¿Oh funesta pasión! ¿Oh duro yugo,
 Que turbas la quietud de mi retiro!
 ¿Quién eres, Eloisa! ¿No conoces
 El deber que te impone tu destino?
 Entre un Dios y un amante colocada,
 ¿Ha de ser el amante preferido?
 Oye, pues, ¡oh gran Dios! mis oraciones,
 Libreme tu poder de un enemigo,
 A quien mi pecho resistir no sabe.
 ¡Ah! cuando invocó tu poder divino,
 Más que el exceso de mi ardiente pecho,
 Temió el efecto ¡oh Dios! de tus auxilios.
 ¿Oh amables y sencillas compañeras,
 Que la santa virtud unió conmigo,
 Inocentes y candidas palomas,
 Que en el claustro esparcis vuestros gemidos
 En vuestro pecho, sólo en vuestro pecho
 La robusta virtud triunfa del vicio,
 Y vuestra vida austera y penitente
 Destierra el fuego del amor indigno:
 Sólo le concedéis el amor casto
 De vuestro corazón puro y sencillo.
 ¿Oh, cuán felices sois! Insensibles
 Del amor terrenal al fuego activo,
 Serenos días y tranquilas noches
 Pasáis en sosegados ejercicios,
 Y no perturba vuestra dulce calma
 De la pasión el imperioso grito.
 ¿Oh sosegada y apacible vida,
 Con cuántas véras y dolor la envidio!
 Al despertar de la rosada aurora
 Mi corazón se abrasa en fuego vivo,
 Traspono el claro sol los altos montes,
 Y no calma el rigor de mi martirio,
 Y el tranquilo silencio de la noche
 Aviva más y más su ardor maligno;
 Cuando me embarga el sosegado sueño,
 Me duermo en el regazo de Cupido.
 Él con hermosas y ligeras alas
 Acaricia mi pecho enternecido:
 Él me recuerda las pasadas noches,
 Memorias de mis gustos ya perdidos!
 Preséntaseme en sueños Abelardo,
 Oigo su voz, le veo, y me imagino
 Volver á hallar el inefable encanto
 Que el lisonjero amor lleva consigo.
 El pecho, en nuevas llamas abrasado,
 Renueva mil ternezas y cariños....
 Mas ¡ah! que cuando más me lisonjea
 Este gusto engañoso, este delirio,
 Despierto, y corre la razón el velo
 A mi placer soñado y fugitivo.
 ¿Dichoso tú, Abelardo; ya en tu pecho
 Amor no ejerce su fatal dominio....
 ¿Y piensas que por eso he de olvidarte?
 ¡Oh Abelardo! No puedo; los cilicios,
 Las duras leyes, que detesto en vano,
 La dura austeridad y su retiro,
 No te pueden borrar de mi memoria.
 Mi corazón en duelo sumergido,
 Llorando implora al cielo y su clemencia;
 La angusta majestad del triste sitio,
 La presencia de Dios, la horrible imagen

De cadáveres yertos y podridos,
 No pueden distraer mi fantasía.
 Sólo tu imagen veo, sólo miro
 La ilusión adorada de Abelardo.
 Cuando se entonan los sagrados himnos
 Ante el angusto altar del Dios supremo,
 Sólo tu voz resuena en mis oídos;
 Tomo en mi mano el trémulo incensario,
 Que eleva el humo denso hácia el Empíreo,
 Y entre la espesa nube que se forma,
 Que estás allí, Abelardo, me imagino.
 Tiendo en vano los brazos, no te encuentro,
 Y mi deseo y turbación maldigo.
 El templo y sus sagradas ceremonias,
 La pompa de los días más festivos,
 No alcanzan á fijar mi inquieta mente.
 Postranse los espíritus divinos
 Ante el altar de Dios, cuando se ofrece
 Su angusto y adorable sacrificio;
 En medio de los cánticos sagrados,
 Cuando sólo se escuchan los suspiros
 De algun alma contrita y humillada,
 Y de santo temor sobrecogido,
 El sacerdote ofrece el holocausto,
 Mi corazón cobarde y fementido
 Sólo á Abelardo invoca: nada puede
 Apagar este ardor ni resistirlo.
 Pero ¿dónde me arrastra mi locura?
 ¿Desgraciada de mí! ¿Qué es lo que digo?
 ¡Huye de aquí, cruel, huye, Abelardo,
 Que ya se acerca el plazo prevenido!
 El aliento me falta.... El tierno pecho
 Próximo siente su postrer asilo....
 Déjame estos instantes á lo menos;
 Aléjate á país desconocido;
 Habitemos los límites opuestos
 En que el orbe se encuentra dividido.
 Separe nuestro amor el mar inmenso,
 Si basta el mar inmenso á dividirlo.
 Cuando mi alma, á Dios ya convertida,
 Se arranque con el último suspiro,
 Temo encontrar tus pasos señalados,
 Que renueven mi amor mal extinguido.
 Adios, placeres, ilusiones, dichas,
 Ensueños otro tiempo tan queridos;
 Adios, errores que á mi tierno pecho
 Pintó tan dulces mi fatal delirio;
 Acaben ya el placer y las delicias;
 Apáguese de amor el fuego activo,
 Y su funesta y encendida llama
 Halle mi pecho indiferente y frío;
 Mi corazón á Dios se vuelva al cabo,
 Pues de todo, al dejarte, me despidió....
 Pero ¿qué triste voz que me intimida
 Y turba el corazón desamporado?
 Será.... Sí, ya es la hora de mi muerte,
 Ya se me acerca el término prescrito.
 Una noche velaba, arrodillada
 De un sepulcro en la losa; de improviso
 La funeraria lámpara se apaga.
 Cesó en el templo el resplandor sombrío,
 Cuando de una vecina sepultura
 Llegó esta triste voz á mis oídos:
 «Detente, cara hermana, no te turbes;
 Yo fui lo que eres hoy; nuestro destino,
 Que unió nuestros deseos en la vida,
 También después de muertas quiere unirnos.
 Yo viví como tú: mi débil pecho,
 De una pasión violenta poseído,
 Se abrasó con inciertas esperanzas,
 Que echó por tierra mi cruel destino.
 En la profundidad de estos sepulcros,
 En silencio jamás interrumpido,
 Se anonada el amor, la dura suerte
 Sumerge en largo y duradero olvido
 Sus gustos y placeres engañosos.
 El siempre vencedor, nunca vencido,
 El orgulloso amor cede á la muerte,
 A su guadaña fúnebre rendido.
 Muere, pues, mas no temas á la tumba,
 No temas al que llaman vengativo,
 Que es un Dios de piedad, á quien le mueven

Las lágrimas de un pecho arrepentido.
 ¡Oh Dios! Si esto es así, si sois tan bueno;
 Si mis pasadas culpas y delirios
 Se borran con el llanto, de mi muerte
 Venga luego el momento apetecido.
 ¡Oh Gracia luminosa! dón del cielo,
 Virtud que nos prometes bienes fijos,
 No sujetos á tiempo ni mudanza,
 Acaba de una vez: córtese el hilo
 A mis cansados días, y mi alma
 Traslada á las moradas del Empireo.
 Yo me muero, Abelardo, vén, no tardes,
 Vén á cerrar mis ojos oprimidos
 Con el pesado sueño de la muerte;
 Vén y recoge el último suspiro
 Con el postrer aliento de mi vida (1);
 Y tú, cuando el destino, más tardío,
 Ponga fin á la tuya, cuando el tiempo
 Marchite los preciosos atractivos
 Que tanta pena y lágrimas enfuecitan,
 Haz que se junte en un sepulcro mismo
 Tu ya helada ceniza con la mía:
 El mismo Amor sobre su mármol frío
 Grabará por su mano el epitafio,
 Que así dirá al curioso peregrino:
 «Causó violento amor su desventura;
 Guárdate de imitar su desvario.»

ABELARDO Á ELOISA (2).

¡Quién pudiera pensar que en tantos años
 De religiosa y retirada vida,
 Tanta oracion, ayunos, penitencias,
 Despues de tantas lágrimas vertidas,
 Cuando ya el blanco hielo de los años
 Va arrugando la tez de mis mejillas,
 De mi pasado amor aun dure el fuego?
 Yo tambien extinguido lo creia;
 Mas ¡cómo me engañaba! De esta calma,
 De esta serenidad pura y tranquila,
 Que sólo cabe en corazones castos,
 ¡Cuán distantes estamos, Eloisa!
 Júzgalo por tí misma; ¡ay! esa carta,
 Con tanto ardor y exaltacion escrita,
 Con palabras tan tiernas y elocuentes,
 Amor llevó la pluma al escribirla;
 Solo amor es capaz de tanto fuego,
 Amor dictó las expresiones vivas,
 Bastantes á avivar la oculta llama
 Que en mi ya tibio pecho se escondia.
 No hay remedio, esta llama abrasadora,
 Cuando en un débil corazón se abriga,
 Si núnem superior no la combate,
 Si, de nuestras miserias condolido,
 De Dios la omnipotencia no la apaga,
 En vano intenta el hombre resistirla.
 Yo lo sé por mi mal; no habrá recurso
 De cuantos la razon persuade y dicta,
 Que contra amor no llame en mi socorro;
 Cilicios, oraciones, disciplinas,
 Nada ataja su fuego irresistible;
 Es de naturaleza tan maligna,
 Que cuantos más obstáculos le pongo,
 Más con la oposicion crece y se aviva.

(1) Abelardo, que murió en 1142, tenía veintidos años de edad más que Eloisa. Esta murió en 1164, esto es, también veintidos años despues que Abelardo. Recordando estas circunstancias, parece impropio que sea la joven Eloisa la que llame al viejo Abelardo para que cierre sus párpados. Pero la literatura artificial de aquel tiempo antepone el tono declamatorio y el espíritu novelesco á la elocuencia de la verdad y hasta á la verosimilitud histórica. (Nota del Colector.)

(2) Esta contestacion de Abelardo á la epístola de Eloisa no es obra de Pope. Es una imitacion de las varias heroídas que, siguiendo las huellas de Ovidio y de Pope, escribieron en Francia La Harpe, Colardeau, Beauchamps y algunos otros.

La presente epístola y la anterior estuvieron prohibidas durante mucho tiempo en España. Se imprimieron al cabo, pero sirviendo de texto copias muy imperfectas. Al darlas ahora de nuevo á la estampa, hemos confrontado los impresos con antiguos manuscritos; adoptando, de éstos, las correcciones y supresiones que hemos juzgado convenientes. (Id.)

¡Oh si pudiera yo significarte
 Con qué dolor me oprime y martiriza
 La memoria fatal de aquellos tiempos,
 De aquellas horas por mí mal perdidas,
 En que un amor contento y satisfecho
 A la felicidad nos conducia!
 ¡Engañoso camino, senda errada,
 Amena en los principios y florida,
 Despues, cuando ya el fin se va acercando,
 Sembrada de malezas y de espinas!
 Las flores que hermocean la ribera,
 Mil colores y aromas las varian;
 Allí una fresca y encantada rosa
 Sus olores suavísimos espira;
 Más allá mi tornasol enamorado
 A los rayos del sol su faz inclina;
 Una vana azucena en otra parte
 Ostenta su bizarra lozanía.
 Nada de esto es hermoso y halagüeño,
 Exclama mi pasión enfurecida:
 Más bella es mi Eloisa, más hermosa,
 Más puro es el color de sus mejillas,
 Que la derecha y cándida azucena:
 El mismo sol que las influye y cria,
 Si con sus bellos ojos se compara,
 Méno hermoso y más oscuro brilla....

Una calle formada de arrayanes
 Me lleva á una distante casería,
 Término encantador de mi paseo:
 La simple risa y el placer la habitan;
 Una agraciada y tímida aldeana
 Gobierna cuidadosa la familia,
 Los pequeñuelos hijos la rodean:
 Uno con inocente y dulce risa
 Pide á su madre pan, otro la halaga,
 Otro sube á la trémula rodilla
 Del cariñoso padre; ella, gozosa
 Y en inocentes gustos sumergida,
 Reparte á todos con igual cariño
 Sus maternales besos y caricias.

¡Oh qué escena tan triste y tan funesta!
 ¡Qué terribles imágenes se excitan
 En un alma de amor toda ocupada!
 ¡Oh amado objeto de dolor y envidia!
 ¡Quién fuera cual vosotros! ¡Quién pudiera,
 Estrechado en los brazos de Eloisa
 Con el sagrado, indisoluble lazo,
 Lograr el alto fin que nos anima!
 ¡Qué bien habrá que pueda compararse
 Con esta posesion dulce y tranquila
 De un objeto tan tierno y tan querido?
 Cuanto producen las remotas Indias,
 Por un solo momento de este estado,
 ¡Cuán despreciable para mí sería!
 ¡Con cuánto gusto, rabadan humilde,
 Con el calor, por la floresta umbría,
 Cantando, llevaria los ganados;
 O cuando por la tarde el sol declina,
 De la dura labranza fatigado,
 Los perezosos bueyes guiaria!
 En el umbral de nuestra triste choza,
 Ya con la cena preparada y limpia,
 Culpándome de tardo y negligente,
 Solícita Eloisa esperaria.
 El sencillo querer, la paz hermosa,
 Las voluntades para siempre unidas,
 El mutuo suspirar, el amor tierno,
 Fueran el manantial de nuestra dicha;
 Y cuando la callada y triste noche
 Cubre de oscuro luto las campiñas,
 En el seno inocente de mi esposa
 La risa y el placer me cercarian.
 Pero ¡oh vanas quimeras! ¡Oh ilusiones!
 ¡Dichas que nunca se verán cumplidas!
 Idos lejos de mí.... Ya se acabaron
 La ilusion, los contentos, las delicias,
 Los gustos que otro tiempo me sobraban.
 Ya nada soy.... Con la venganza indigna
 Que tomaron de mí mis enemigos,
 Sólo me aguarda el llanto y la ignominia....
 Con esto me levanto despechado,
 Sin esperar la simple despedida,

De la cortés y tímida aldeana,
 Que de mi turbacion sobrecogida,
 Lo que es humillacion y abatimiento
 Atribuye á virtud con fe sencilla.
 Otras veces absorto en mis ideas,
 Sin que mis pasos la razon dirija,
 Subo á la cumbre de escabrosa peña;
 De allí descubre la ambiciosa vista
 Una llanura inmensa en que á lo lejos
 Se ve un camino que á mi patria guia.
 La memoria, confusa y agitada,
 Me acuerda mil imágenes antiguas,
 Dormidas algun tiempo; un montecillo
 Me oculta con lo erguido de su cima
 La morada feliz donde crecieron
 Los inocentes años de Eloisa.
 Aquél es el jardin donde, á mis ruegos,
 Rindió turbada su esquizvez altiva;
 Allí, en vez de las últimas lecciones
 De una sábia y veraz filosofía
 Con que instruí su corazón honesto,
 Las tiernas y amorosas elegias
 Que amor dictaba al elocuente Ovidio,
 Su engañoso maestro le exponia.

¡Con qué imaginacion, con cuánto fuego,
 Al leer los suspiros de Corina,
 Sus ardientes conceptos expresaba!
 El amor y las gracias atractivas
 En su risueña boca se asentaban;
 Y mientras tanto, oculta y sin sentirla,
 La llama del amor más abrasado
 En su inocente corazón ardia.
 ¡Oh cuántas veces el rubor sencillo
 Que asomó á sus mejillas encendidas,
 Daba en su rostro indicio manifesto
 Del afecto interior que producía!
 ¡Cuántas veces atónita, anhelosa,
 Con suspiros la voz interrumpida,
 Trémula y agitada, no acertaba
 Ni áun á explicar la idea concebida!

Yo te enseñé el querer; fui el maestro
 De la engañosa y páfida doctrina
 Que corrompió tu cándida inocencia;
 Yo, en vez de la pureza y alegría
 Que en tu sincero pecho se albergaba,
 Sembré el error, la pena y la perfidia;
 Yo te conduje al claustro solitario,
 Donde una voluntad no persuadida
 Hizo á Dios el tremendo sacrificio
 Del resto miserable de sus días.
 Un hábito funesto, un velo triste
 Cubre el verdor, la gala y gallardía
 Del cuerpo más hermoso y más esbelto;
 Los bellos ojos, cuya luz solia
 Causar envidia á tantas hermosuras,
 Hoy en la tierra con dolor se fijan.
 ¡Qué hará mi dulce bien en este instante?
 Absorta en su dolor y confundida,
 ¿Se habrá olvidado ya de su Abelardo?
 No; que aun su corazón gime y palpita,
 Y no puede olvidar mientras el alma
 Al débil cuerpo permanece unida;
 Y áun más allá, cuando la dura muerte
 Con mano helada nuestro ardor extinga,
 En lo interior de los sepulcros fríos
 Arderán nuestras pálidas cenizas.

No hay hora ni momento en que esta idea
 No me atormente y sin cesar me aflija,
 Ni objeto en que el amor no se me ofrezca:
 Voy al coro, y allí la fantasia
 Me representa el coro en que humillada,
 Y en tu dolor absorta y confundida,
 Con lágrimas amargas y abundantes
 Lloras á Dios tus culpas y las mias.
 Salgo á recreacion, y me paseo
 Por la florida y verde pradería,
 Y allí amor disfrazado en bellas formas,
 Cual sierpe entre las flores escondida,
 En cada nuevo paso que voy dando,
 Nuevo placer y nuevo ardor me inspira.
 La verde hierba que entapiza el prado,
 Las flores que le adornan y matizan,

El arrayan á Venus consagrado,
 La vid silvestre al olmo entretrejida,
 El acordado són que van formando
 Las hojas con el viento sacudidas,
 El trinar de las aves, el murmullo
 De la risueña y clara fuentequilla;
 Todo cautiva el alma y la embebece,
 Todo al placer parece que convida.
 Corre un arroyo sosegado y manso,
 Que lleva su corriente dirigida
 Al solitario albergue donde tiene
 Su triste habitacion mi dulce amiga.
 Tú eres feliz, exclamo al contemplarlo,
 Tú bañas el convento donde habita
 La causadora de mis tristes males;
 Tú riegas las fragantes clavellinas
 Que ella cultiva con su mano hermosa.
 Tal vez en tu corriente cristalina,
 Al declinar de la abrasada tarde,
 Buscará la frescura apetecida.
 Tú sabrás sus secretos más ocultos;
 Tal vez sentada en la frondosa orilla,
 Sus ojos fijos en la blanda arena,
 En actitud confusa y pensativa,
 Derramarán copioso y triste llanto;
 Y tal vez, sin pensarlo, confundidas
 Se mezclarán en tu corriente clara
 Sus lágrimas amargas con las mias.

Confuso en estas tristes reflexiones,
 Se me pasan las horas sin sentirlas,
 Y á más andar la noche va viniendo;
 El sol alumbrá á los opuestos climas,
 Los astros que iluminan en su ausencia
 Con majestad parece que caminan,
 Y no abandonan su inmutable asiento;
 La luna, á nuestro globo más vecina,
 Del sol, que la ilumina frente á frente,
 La luz refleja y triste nos envía;
 Entonces si que en corazones tiernos
 Ejerce la imperiosa tiranía
 El duro amor de su orgulloso mando,
 Y al más ligero impulso conmovida,
 Con el quieto silencio de la noche,
 Cede la relajada y débil fibra.
 Entonces á su mal toda entregada,
 La triste y voladora fantasia,
 Separada del resto de los seres,
 Sólo ve los objetos en sí misma.
 Por la noche suspira el triste amante,
 A quien la cama plácida y mullida
 No basta á conciliar el dulce sueño,
 Que de su ojos huye y se retira;
 Los importunos celos le rodean,
 De su fineza mal correspondida
 La triste imagen sin cesar le inquieta,
 Y entre el dolor y el llanto repartidas,
 Mil años y aun mil siglos le parecen
 Las horas perezosas y tardías.
 Otro amante feliz, al mismo tiempo,
 Maldice de la aurora la venida,
 Porque á su amor contento y satisfecho
 La noche con su sombra patrocina.
 Yo en la noche tambien suelto la rienda
 A mi imaginacion enardecida,
 Y busco en mil ejemplos que acumulo,
 Disculpa á la pasión que me domina.

Todos los hombres aman; el salvaje,
 Que vive sin cultura y policia,
 Ama á su dulce y cara compañera;
 El tostado africano, el fiero escita,
 Y áun los irracionales tambien aman:
 Ama el pez en su estancia húmeda y fria,
 Y por el aire en acordados trinos
 Cantan su amor las tiernas avecillas;
 Sigue el león á la leona fiera,
 El ciervo á la ligera cervatilla;
 Detras de la becerra brama el toro,
 Y en los espesos ramos escondida,
 Lamenta y gime con suspiros tiernos
 Su triste amor la viuda tortolilla.
 Así cuando, en el soto, desde lejos
 La yegua entre los árboles divisa

Desbocado el caballo generoso,
 Con inquieto furor bufa y relincha,
 Y no hay freno que baste á sujetarlo.
 El elefante y la pequeña hormiga,
 El sencillo cordero, el lobo hambriento,
 El sapo tardo y la ligera ardilla,
 El insecto á la vista imperceptible,
 Y la ballena enorme que domina
 Con su ancha mole los inmensos mares,
 Todos sienten de amor la llama activa.
 Amor de la feraz naturaleza
 Las varias producciones vivifica;
 El reproduce en los amenos prados
 Las flores deshojadas y marchitas,
 Y de las plantas útiles al hombre
 Los dulces frutos sazonados cria;
 El extiende á los seres más remotos
 Su dilatada y vasta monarquía;
 Por él baja la piedra hácia su centro,
 Por él las aguas hácia el mar caminan;
 El hace generoso al avariento,
 Y al más cobarde influye valentía;
 Por él el atrevido y ciego amante,
 Arrostrando del piélago las iras,
 A nado lo atraviesa por la noche,
 Sin temor ni respeto que lo impida:
 Cuanto es mayor el riesgo y el estorbo,
 Más el amor lo allana y facilita.
 Amor ablanda el corazón más duro,
 Y al hombre más feroz rinde y mitiga;
 Por amor llora el héroe más valiente,
 Por él la madre tierna y compasiva
 Estrecha en su regazo el fruto amado
 De sus pasadas glorias y alegrías;
 Por él el viejo consumido y cano,
 Que vecino al sepulcro ya se mira,
 Ve en sus robustos hijos el apoyo
 De los cansados años de su vida.
 De amor es cuanto vive; cuanto alienta
 Por la virtud de amor siente y respira;
 Amor es todo, sin amor no hay nada,
 Todo al imperio del amor se humilla.
 Si amor es, pues, tan fuerte; si en el mundo
 De su activo poder nadie se libra,
 Si él todo lo subyuga, abarca y rinde,
 ¿Será el único yo que le resista?
 Tales son los continuos pensamientos
 Que ahora mi mente y corazón agitan,
 Y esta furia, esta llama, esta locura,
 No hay esfuerzo que baste á reprimirla.
 Póngome en oración, y perturbado,
 Sólo á Eloisa mi pasión medita,
 Recojo mi atención á la lectura,
 Y en cada pensamiento, en cada línea,
 La historia de mi amor se me presenta,
 Hasta que al cabo mísera y rendida
 Con la continua agitación el alma,
 Los párpados al sueño ya se inclinan.
 Aun así mis delirios me persiguen;
 Mil imágenes tiernas de otros días,
 En que astuto el amor se me disfrazaba,
 Vuelan en derredor de la tarima
 Donde descansa el fatigado cuerpo;
 Y cuando ya entre el sueño y la fatiga
 Batallando la máquina, suspensa,
 Ni bien despierta está, ni bien dormida,

DON TEODORO LA CALLE.

NOTICIA BIOGRÁFICA.

Los únicos versos líricos que conocemos de este poeta, que recibió su educación literaria en el siglo XVIII, son los que publicamos á continuación. Es una epístola que adquirió en otro tiempo cierta celebridad, y cuyo manuscrito se juzgaba perdido há muchos años. Sólo conserva-

Oigo el reloj.... las doce.... y á maitines
 Trémula la campana nos avisa.
 Vístome, y voy al coro apresurado;
 La senda que á la iglesia me encamina
 Pasa por el vecino cementerio,
 Y, la imaginación despavorida,
 Con la terrible imagen de la muerte,
 El cabello de espanto se me eriza.
 Miedo infunde el silencio pavoroso;
 Las copas lentamente conmovidas
 De los cipreses fúnebres redoblan
 El misterioso horror que me intimida,
 Y las voces del cámbalo importuno
 Ecos son de mortai melancolía.
 De los tristes objetos que me cercan
 El pavor las imágenes duplica.
 La planta temerosa y vacilante
 Pisa con susto las cenizas frías
 De tantos compañeros que en el claustro
 Unió un destino y una suerte misma;
 Allí descansa el virtuoso Erasto,
 Su proceder sincero, su fe viva,
 Con el retiro austero y penitente,
 Venció la llama del amor maligna,
 Y en su serena y arrugada frente
 La paz de la virtud llevaba escrita.
 Aquéllos son los huesos de Filandro,
 Del tierno y fiel amigo á quien solía
 En otro tiempo el mísero Abelardo
 Comunicar sus bienes y sus dichas.
 ¡Cuántas veces sus útiles consejos,
 Cuando un amor cruel me consumía,
 Por un breve momento le atajaron!
 Una amistad sincera nos unía.
 ¡Ya murió! ¡Ya no existe!.... Mi desgracia
 Aun de este dulce bálsamo me priva.
 Yo también moriré, también la muerte
 Cortará el hilo á mis amargos días,
 Con tanta pena y lágrimas pasados.
 Cuando una suerte infausta y enemiga
 Persigue al hombre desgraciado y triste,
 Que sólo aguarda angustias y fatigas,
 La muerte es el refugio: en ella sola
 Ve el término feliz de sus desdichas....
 Mas ¿dónde voy, arrebatado y ciego?
 ¿Podrá darte á entender la pena mía,
 Por mucho que se empeñe en explicarlo,
 La serie de mis males infinita?
 No, Eloisa, no puede: adiós, bien mío,
 Otras plumas más tiernas y expresivas
 Pintarán los afanes de esta llama,
 Que no se acabarán ni aún con la vida.
 Los venideros siglos, y los pueblos
 Que la ternura y la constancia admiran,
 Conservarán de nuestro amor la historia
 En mármoles y bronce esculpida.
 Servirá de ejercicio á los ingenios;
 Ningun alma sensible, al referirla,
 Dejará de verter lágrimas tristes;
 Y en tanto que la dulce poesía
 Tenga lustre y honor, mientras se juzgue
 La noble compasión de aplauso digna,
 Y á la activa pasión que nos oprime
 La especie humana se sujete y rinda,
 Será eterno y llorado entre los hombres
 El amor de Abelardo y Eloisa.

ba algunos fragmentos en su envidiable memoria nuestro ilustrado amigo el señor don Ramon de Mesonero Romanos, el cual tuvo la bondad de escribirlos para nosotros. Recientemente hemos encontrado la composición entera.

APUNTE DEL SEÑOR DON RAMON DE MESONERO ROMANOS.

Esta magnífica carta elegiaca, ó como se quiera llamar, fué escrita á la señora doña Maria Manuela Prieto, por DON TEODORO LA CALLE, literato y periodista de Cádiz en 1812, condenado á uno de los presidios de Africa por sus escritos é ideas liberales. Este apreciable sujeto, á quien he tratado mucho despues, tuvo siempre desgraciada suerte, y no consiguió alcanzar una posición ventajosa aun en los años de 1820 al 1823, en que triunfaron sus ideas y sus amigos los señores Calatrava, Argüelles, etc. Murió despues de 1833 en Madrid.

Antes de la invasión francesa, sólo era conocido por su desgraciada traducción del *Otelo* de Ducis.

POESÍAS.

Á LA SEÑORA

DOÑA MARÍA MANUELA PRIETO (1).

Epístola (2).

Thymo mihi dulcior Hybleæ.

¡Clóris! Gloria y honor del sexo hermoso,
 Que mi amargo penar compadeciendo,
 Infundes siempre con tu voz amable
 A un triste corazón dulce consuelo!
 ¡Con qué rasgos podré, con qué pinceles,
 Al orbe presentar un fiel bosquejo
 De tu heroica virtud! ¡Ah! si el destino,
 Que del suelo español con vituperio
 Arrebató la libertad sagrada,
 Volver hiciese el venturoso tiempo
 Que, cual sombra fugaz, cual sueño grato,
 Las almas libres recreó un momento....
 Si la razón á dominar volviera,
 Si recobrase la verdad su imperio,
 Tu claro nombre entonces, rémido
 Al de los nobles héroes que quisieron
 En siglo convertir de honor y gloria
 Este siglo de horror, siglo de hierro,
 El olvido y la muerte evitaría;
 Mas, ¡oh dolor! despues que nuestros cuellos
 Con torpe yugo el despotismo agobia,
 Despues que grita el delirante pueblo
 Vivas á la opresión, muerte á la patria;
 Despues que arrastra, en la miseria envuelto,
 De servidumbre el ominoso carro
 En que triunfante el déspota soberbio
 El pendón del terror despliega, y huella
 A su planta feroz nuestros derechos,
 ¿Quién ya su pluma á la virtud consagra?
 ¿Quién el amor aviva en nuestros pechos
 De la santa verdad? ¿Quién la inocencia
 Quiere arrancar al opresor sangriento?

(1) Véase acerca de esta señora la noticia contenida en la nota de la pág. 562, t. II de esta colección de *Poetas líricos del siglo XVIII*.
 (2) Escrita en el presidio de Alhucemas, el año de 1816.
 Hemos tomado por texto de esta composición una copia hecha de mano del doctor don Pedro Antonio Márquez, que se conserva entre los papeles del célebre humanista Sanchez Barbero.
 Acerca de esta epístola escribió el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch lo siguiente: « Los versos de esta epístola, aunque no de los mejores, aventajan mucho á los que el mismo DON TEODORO LA CALLE empleó en su traducción de *El Otelo ó el Moro de Venecia*. » (*Revista de España, de Indias y del extranjero*, t. XI, 1848.) (Nota del Colector.)

¡Ay! que abatidas las sublimes almas
 A quien propicio concediera el cielo
 El deseo del bien, su labio sellan;
 Mientras tranquilo el corazón de acero
 Del alevé egoísta, derramando
 Sobre el patriota el infernal veneno
 De la horrible calumnia, á la fortuna
 Ofrece ansioso su venal talento.
 Si; las musas, las artes, la elocuencia,
 Frutos preciosos del humano esfuerzo,
 Que á suavizar nuestra existencia amarga,
 O á llevar la virtud al alto templo
 De la inmortalidad se dedicaron,
 Cuando á la augusta ley nuestro respeto
 Rendimos, al crujir de las cadenas,
 Despavoridos, de la España huyeron.
 ¿Y sumergidas quedarán ¡oh amiga!
 En el sepulcro del olvido eterno
 Tus patrióticas ansias, tus suspiros,
 Por aliviar de la desgracia el peso
 A tanta ilustre víctima, que hoy sirve
 A la osada perfidia de trofeo?
 ¿Del voraz tiempo la fatal guadaña
 Podrá arrastrar á sus abismos ciegos
 De tu impávido pecho la firmeza,
 Que al dulce hechizo de tu amable sexo
 Dando hermoso realce, fué, benigna,
 Del cautivo patriota el embeleso?
 ¡Qué! Si decreta la voluble suerte
 Un porvenir dichoso á nuestros nietos,
 ¿Se ha de ignorar en él que tu entereza,
 Cuando el fatal terror tenía yertos
 A tantos corazones, arrostraba,
 Por consolar al justo, el duro ceño
 De los viles satélites que prestan
 Su brazo al opresor, el doble aspecto
 Del alevoso espía, que en el llanto
 De la inocencia busca su recreo,
 Del sátrapa insolente los desdenes,
 Y el triste horror de lóbregos encierros?
 Pero escucho tu voz, que con dulzura
 Me va á reconvenir: « Yo no pretendo
 Del bien obrar, á que me guía sólo
 Mi puro corazón, el vano premio
 De que mi nombre celebrado sea.
 La amistad, la virtud, el vivo anhelo
 De que su rabia los tiranos calmen;
 El ver en dura esclavitud gimiendo
 Al que excitó con elocuente labio
 A destrozarse de la opresión el cetro;
 Odiar el despotismo, amar las leyes,